



# El Laberinto<sup>1</sup>

Sergio Martínez Medina

*Escritor y docente en el Bachillerato en Artes y Humanidades*

## *Ciclo desconocido, antes de la Regénesis.*

*En las entrañas de Bael-Ungor.*

**M**inos resopló. Los trabajos no estaban siendo tan rápidos como quería y la presión de los dragones era cada día mayor. Aunque no eran tantos como en el primer empuje, cualquiera de ellos era un enemigo formidable. Fue sólo hasta que excavaron Bael-Ungor que pudieron organizarse y desarrollar la metalurgia. Entonces descubrieron que la sangre proveía a las armas de un poder que les ayudaba a torcer la tierra a su voluntad. Habían encontrado galerías, salas y un número infinito de pasillos huecos. Se perdían al principio, pero luego fueron colocando losas de colores en la tierra para saber a dónde llevaba cada corredor. Y hacía poco, muy poco, que los minotauros llamaban hogar a la montaña.

Aún recordaba los días en los que su raza vivía en el bosque de Németon y podía correr libre entre las llanuras de Utgard. Nunca supieron por qué atacaron los dragones. Nunca hicieron nada que no hubieran hecho otras razas: reclamaron algunas zonas como suyas, querían alimentarse, vivir en calma y aprender del mundo, de ese bosque infinito que se extendía allende las montañas más lejanas. Ni siquiera tenían problemas entre los diferentes rebaños. Su padre, Asterión, los había guiado a través de innumerables claros y cruzaron millones de cuernos de distancia. Tras la muerte de Asterión, sus hermanos, Radamantis y Sarpedón, guiaron a su pueblo, pero Minos sentía que sus hermanos eran incapaces de lograrlo. Estaban transformando al

PIROCROMO  
29  
#18 BESTIARIO

<sup>1</sup> Este cuento pertenece a la colección *Cuentos de la Primera Era*, Vol. 2.

orgullosa gente de Asterión en poco más que un rebaño que pastaba a las orillas del bosque. Varias veces los confrontó y cada vez le respondieron lo mismo: la ignorancia es una bendición. Por eso los desterró. Radamantis y sus minotauros se dirigieron al sur, a la mar Thaléia, donde se diluyeron poco a poco hasta que desaparecieron. Sarpedón, como hijo mayor de Asterión, no se fue tan fácil. Minos sabía que la primera batalla entre minotauros había sido culpa suya, pero no podía permitir que su gente se apagara, se redujera a ganado.

Sarpedón opuso una batalla fiera cerca del Árbol del Mundo, llamado Tlalocan, que se erigía a varias miles de leguas al sur del Yggdrasill. No era tan monstruoso como el que custodiaban los dragones, pero aun así sus ramas, hojas y tronco dominaban unas montañas sin nombre. Sarpedón luchó por días y días, tacleando y atravesando a sus pares con sus propios cuernos. Parte del pueblo lo seguía. Minos no podía perder; su gente habría seguido a su hermano hacia la locura. Por eso llevó lanzas y picas, espadas y hachas. Fueron las primeras armas y ellas pusieron la muerte al alcance de los minotauros más débiles; se sentían grandes a pesar de ello, se sintieron invencibles. Y, más importante aún, recuperaron el orgullo de los rebaños primigenios. Sarpedón no era imbécil, a pesar de lo que Minos quisiera creer, y alejó a su gente de la tierra, hacia el Gran Mar Océano, hasta una isla a la que llamó Galatea, llena de vida y prados hermosos. Minos no quiso seguirlo, ya había admitido la derrota. A fin de cuentas, era su hermano.

Nadie supo cómo o por qué regresaron los dragones, pero volvieron a Úrim bajo una estela de fuego. Minos había visto a dos dragones que parecían dominar a los demás: uno de ellos voló hacia el oeste, a las llanuras primigenias, y el otro los persiguió al norte. Y sólo pudieron correr, dejando atrás a miles de los suyos. Otros se ofrecieron como sacrificio a los dioses del aire, pero nada parecía detener su cólera. Pronto se convencieron de que lo único que podrían hacer era luchar. Y tendrían que llevar la guerra más allá de su propia imaginación. Tendrían que mover montañas, agitar las raíces del mundo si era necesario. Todo para sobrevivir a una raza que parecía creerse la dueña de Úrim. El día que Minos se dio cuenta que sus sueños de un futuro pacífico se habían desvanecido, mandó construir unas puertas de piedra y bronce, tan enormes que se necesitaron máquinas para levantarlas y ponerlas en su lugar, y se encerró tras ellas durante siete días y siete noches. Los minotauros decían que lloró a sus hermanos, a

los que nunca quiso desterrar, y que fue en las horas más oscuras cuando se le ocurrió la idea de cubrir sus cuerpos con piedra y acero para derrotar el fuego que venía de los cielos.

Muchos dijeron que el que salió detrás de las puertas de bronce ya no era el mismo. Minos se había vuelto irascible y condenaba los errores de su gente con torturas horribles. Se clavaron placas de diferentes metales a los cuerpos de los que parecían más perdidos y mandó desollar a los muertos. Con sus pieles se hicieron armaduras de cuero y correas para los escudos, las grebas y los brazaletes. Luego empezó la extracción de metales pesados del fondo de las montañas. Las minas crecieron y crecieron, hasta que no había nadie que no empuñara un pico, una pala o magia para abrir nuevas venas en la tierra. Después fue evidente que no le bastaba, necesitaba más acero, más fuego, más excavaciones, y ordenó que algunos dedicaran su tiempo a pensar cómo acelerar la producción de armas. Llegaron los cánticos en lenguas desconocidas y los conjuros, y gracias a ellos produjeron armaduras grabadas con runas mágicas que resistían mejor las llamas de los dragones.

Minos descubrió que el hoyo en su corazón no tenía fondo y lo único que lo mantenía con fuerza para seguir adelante era hacer túneles, excavar y pisar las rocas que nadie jamás había visto. Así se fue metiendo cada vez más en la tierra, hasta que los pasillos y las minas se extendieron más allá de toda cordura, hasta donde la luz se torcía y las sombras daban paso a visiones monstruosas. Al tercer ciclo, las excavaciones cubrían ya cientos de miles de cuernos de distancia. Los corredores daban vueltas, subían y bajaban, se encimaban unos sobre otros, separados por apenas unos cuantos cuernos de tierra. Los trabajadores se perdían y sus gritos de auxilio reverberaban a lo largo y ancho de todo el túnel, a menudo mezclándose unos con otros y extraviándose en la longitud inabarcable del Laberinto. Porque Minos bautizó al dominio detrás de la puerta de bronce como el Laberinto, y sólo él conocía los alcances verdaderos de su longitud.

Los primeros cuernos estaban cubiertos de oro y lámparas; ahí mismo se habían establecido talleres y forjas, donde los minotauros esculpieron dragones de metal para recordarse quiénes habían sido los que les habían arrebatado toda esperanza de un futuro pacífico. Minos decoró el Laberinto con miles y miles de antorchas, dragones, hachas y lámparas de un cristal amarillo, similar al cristal azul que se encontraba

más arriba, pero éste emitía un fulgor más apagado, distante, como si las piedras de más abajo hubieran olvidado ya la vida que alguna vez tuvieron en la superficie y sólo emitieran un recuerdo vago y triste del sol. Estos cristales ayudaron a forjar máquinas que se movían y se propulsaban solas, y Mínos las bautizó como los Enanos. Eran buenos para excavar, no comían ni dormían, y apenas necesitaban mantenimiento; eran fáciles de producir y, una vez hechas las versiones masculina y femenina, se replicaban solos después de algunos ciclos. Sin embargo, la obsesión de Mínos no podía satisfacerse sólo con algunos Enanos, así que los talleres y calderas trabajaron ciclo tras ciclo, pero Mínos exigía más aún de lo que podían producir.

Pasaron los ciclos, luego las décadas, y el recuerdo del bosque se disipó de la memoria. Los bosques cambiaron y las praderas que alguna vez alimentaron a los rebaños de Asterión se erosionaron hasta dar paso a las estepas de Utgard. Las gorgonas y los dragones pelearon y se mataron los unos a los otros, hasta que los dragones se alzaron victoriosos. Los grandes Árboles del Mundo fueron casi erradicados y, por fin, el corazón de Mínos estuvo satisfecho. El Laberinto se torcía una y otra vez, en una espiral que pasaba los siete mil cuernos de profundidad y había tantos talleres y máquinas como nadie jamás había visto en el mundo. Mínos supo que había llegado la hora de retomar la superficie. Pero cuando despertó de su largo sueño, la gloria de su rebaño se había extinguido. Los minotauros que quedaban habían sido reducidos a máquinas, muy similares a los Enanos que habían forjado hacía tanto tiempo. Los encantamientos y rituales se habían parado, y él no se dio cuenta de cuándo fue que pasó. Las velas y antorchas que alguna vez iluminaron la entrada del Laberinto se habían apagado, sólo quedaba el brillo dorado de los cristales. Mínos gritó y bufó, sus lamentos se perpetuaron en la roca y el acero que latían debajo de Bael-Ungor.

Aunque hubieran perdido el alma, aun sin la gloria que alguna vez soñó su padre, los minotauros se alzarían apoyados por sus conjuros, su magia y los Enanos. Les arrebatrían el bosque a los dragones, aunque tuvieran que purgar a Úrim de todo vestigio de vida. “El mundo temblará bajo tus pezuñas, rey Mínos”. Tales habían sido las palabras de la criatura que reptaba y crecía, del monstruo que se había apoderado de los pasillos del laberinto de su mente.



*El Laberinto, Ernesto Sin Alós.*